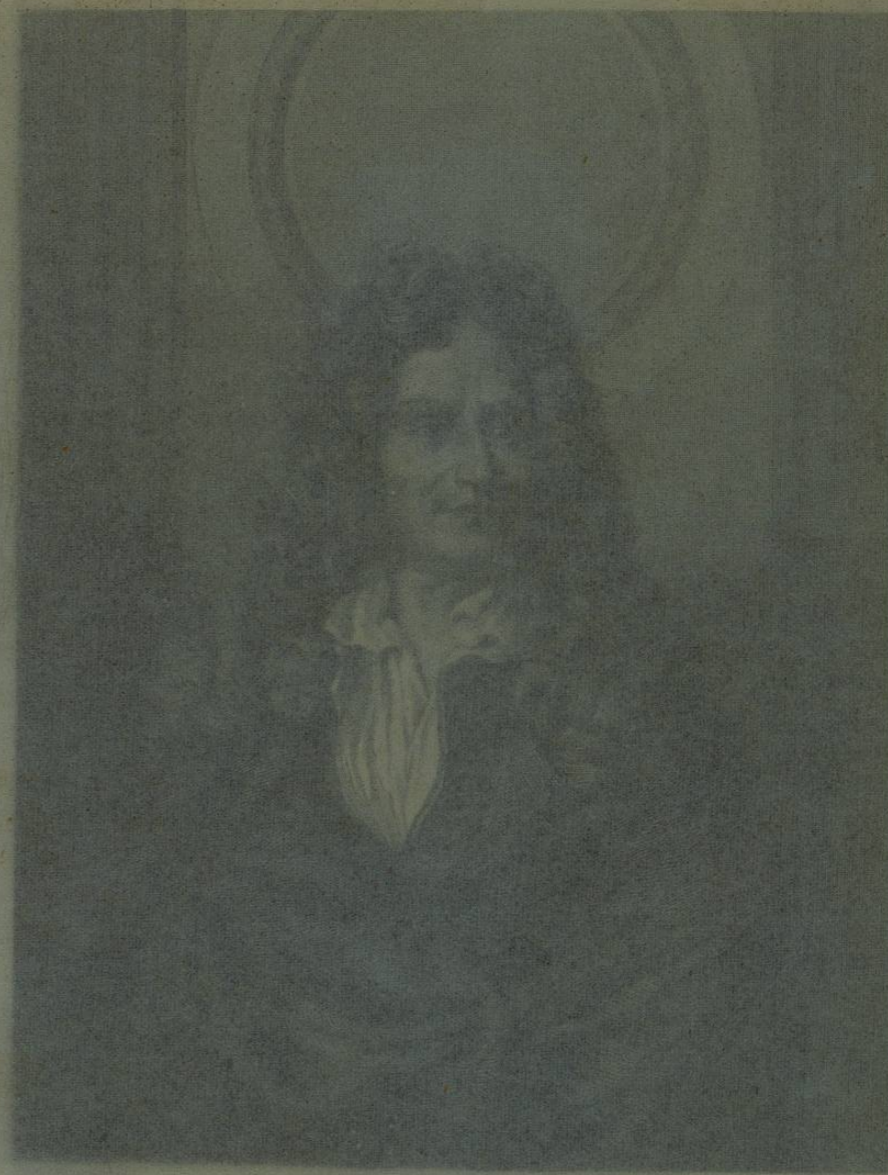


## BOILEAU

Durante más de un siglo trascurrido desde el fallecimiento de Boileau, se han suscitado con respecto á él incesantes y largas y continuadas querellas. Al mismo tiempo que la posteridad con unánimes aclamaciones aceptaba y pregonaba la gloria de los Corneille, de los Molière, de los Racine y de los La Fontaine, discutíase y analizábase con rigor inusitado los títulos de Boileau. No es culpa de Fontenelle, de Aembert, de Helvetius, de Condillac, de Marmontel ni de Voltaire, si su renombre clásico no ha perecido. Sabido es el fundamento de tanta antipatía y hostilidad: que Boileau no era *sensible*. Á este propósito se invocaba cierta anécdota más que sospechosa inserta en *el Año literario* y reproducida por Helvetius; y como en el siglo xviii el *sentimiento* se mezclaba á todo, á una descripción de Saint-Lambert, á un cuento de Crebillon (hijo) ó á la historia filosófica de las dos Indias, las damas, los filósofos y los geómetras tomaron al insigne Boileau una aversión insigne. No obstante, á pesar de los desdenes, las sonrisas y los epigramas, su fama literaria resistió y cada día se fué consolidando. *El poeta del buen sentido, el legislador de nuestro Parnaso* conservó su autoridad suprema. La frase de Voltaire: *No hablemos mal de Nicolas, que esto es de mal augurio*, hizo fortuna y se convirtió en proverbio. Las ideas positivas del siglo xviii y la filosofía de Condillac triunfantes, marcaron con un sello más durable la fama del más correcto, del más lógico, del más sensato de los poetas. Pero sobre todo, cuando se levantó una nueva escuela literaria, cuando algunos ingenios poco numerosos al principio



BOILEAU

Carrière frères, Éditeurs.

## BOILEAU

Durante uno de un siglo transcurrido desde el fallecimiento de Boileau, se han suscitado con respecto a él incosantes y largas y continuadas querellas. Al mismo tiempo que la posteridad con unánimes aclamaciones aceptaba y pregonaba la gloria de los Corneille, de los Molière, de los Racine y de los La Fontaine, discutíase y analizábase con rigor suscitado los ataques de Boileau. No es culpa de Fontenelle, de Alembert, de Helvetius, de Condillac, de Marmontel ni de Voltaire, si su memoria clásica se ha perdido. Sabido es el fundamento de tanta antipatía y hostilidad: que Boileau no era sensible. A este propósito se recuerda cierta anécdota más que sospechosa inserta en *el Año literario* y reproducida por Helvetius; y como en el siglo xviii el sentimiento se mezclaba a todo, a una descripción de Saint-Lambert, a un cuento de Coubillon (hijo) ó a la historia filosófica de las dos Indias, las damas, los abuelos y los poetas tomaron al insigne Boileau una aversión insigne. No obstante, a pesar de los desdenes, las sonrisas y los epigramas, su fama literaria resistió y cada día se fué consolidando. *El poeta del buen sentido, el legislador de nuestro Parnaso* conservó su autoridad suprema. La frase de Voltaire: *No hablemos mal de Nicolas, que esto es de mal augurio*, hizo fortuna y se convirtió en proverbio. Las ideas positivas del siglo xviii y la filosofía de Condillac triunfantes, marcaron con un sello más durable la fama del más correcto, del más lógico, del más sensato de los poetas. Pero sobre toda, cuando se levantó una nueva escuela literaria, cuando algunos ingenios poco numerosos al principio



Ferd. Delannoy sc.

Imp. Ch. Barbou ané

## BOILEAU

Carnier frères, Editeurs

comenzaron á exponer teorías inusitadas y a aplicarlas en sus obras, entónces fué cuando en odio á las innovaciones creció la nombradía del poeta, cuando se proclamó la autoridad y el genio de Boileau y se invocaba su nombre en todas las polémicas. Las academias propusieron y hasta exageraron sus elogios; las ediciones de sus obras se repitieron y se multiplicaron; comentaristas distinguidos como Violett-le-Duc, Amar y Saint-Surin le enaltecieron con todos los encantos de su gusto y de su erudicion. Daunou particularmente, venerable representante de la literatura y la filosofía del siglo décimooctavo, refirió á Boileau é hizo girar en torno suyo, con una especie de piedad, todos los hechos, todos los juicios, todas las apologías relativas á aquella gran causa literaria y filosófica. Mas esta vez, el concierto de tan dignos esfuerzos no ha protegido suficientemente á Boileau contra la preponderancia de las ideas nuevas, al principio oscuras y menospreciadas, más tarde creciendo, agrandándose, imponiéndose en medio de los clamores de sus adversarios. En efecto, no estamos ya como en el pasado siglo en los picantes epigramas y en las burlescas personalidades, sino bajo la influencia de un ataque rudo, de una embestida séria contra los principios de Boileau y el fondo de su poética; es un exámen crítico, verdaderamente literario, de sus invenciones y su estilo y un severo interrogatorio de las cualidades que habia ó no en el poeta. Los epigramas no están aquí en su lugar; se han hecho tantos contra Boileau en estos últimos tiempos que repetirlos es casi de mal gusto. Sin sacrificio los suprimiremos en las breves páginas que vamos á consagrarle. No pretendemos tampoco instruir un proceso regular ni pronunciar un fallo definitivo. Sólo nos proponemos hablar con nuestros lectores libremente de Boileau, estudiarle en su intimidad, considerarle detalladamente bajo nuestro particular punto de vista y segun las ideas de nuestro siglo, pasando alternativamente del hombre al autor, del vecino de Auteuil al poeta histórico de Luis el Grande, no eludiendo las graves cuestiones de arte y de estilo que nos salgan al paso, planteándolas alguna vez, no pretendiendo resolverlas nunca. Bueno es en cada nuevo período literario repasar en su espíritu las ideas representadas por ciertos autorizados y sacramentales nombres, como en cada reinado se reacuña la moneda, se cambia la efigie, sin alterar el peso.

En nuestros días se ha introducido en todas las ramas de la historia un método crítico más filosófico y amplio. Cuando se trata de juzgar la vida, las acciones, los escritos de un personaje célebre, se empieza por examinar y describir la época que le precedió, la sociedad que le recibió en su seno, el movimiento general impreso á los espíritus; se reconoce y prepara el escenario en que el hombre debe figurar. Cuando él interviene, todos los detalles, todos los obstáculos, todos los contrastes están ya previstos, explicados y justificados. De este espectáculo armonioso va resultando por grados en el alma del lector una satisfacción pacífica de la inteligencia. Este método no triunfa jamás con una evidencia tan completa é incontrovertible como cuando resucita los hombres de Estado, los conquistadores, los teólogos ó los filósofos; cuando se aplica á artistas y poetas, que son con frecuencia gentes de soledad y de retiro, abundan las excepciones y es preciso más cuidado. Mientras que en ciertos órdenes de ideas diferentes, en política, en filosofía, en religion, cada hombre y cada obra tiene su lugar y todo hace ruido y bulto, lo mediano al lado de lo malo y lo malo junto á lo excelente, en el arte no se tiene en cuenta más que lo excelente. Y notemos que lo excelente aquí puede ser siempre una excepción, un juego de la naturaleza, un capricho del cielo, un don de Dios. Habréis hecho sin duda bellos y legítimos razonamientos sobre las razas ó las épocas prosaicas; pero por la voluntad de Dios un día sale de Beocia Píndaro, otro día nace y muere en el siglo XVIII Andrés Chénier. Es cierto que las singulares aptitudes y las maravillosas facultades recibidas al nacer, tarde ó temprano se coordinan con el siglo en que aparecen. Pero la iniciativa humana está en primera línea y ménos sujeta á las causas generales; la energía individual modifica y se asimila las cosas. Y por otra parte ¿no le basta al artista para la realización de su destino crearse un asilo oscuro en el gran movimiento general que le rodea, encontrar en cualquier parte un olvidado albergue donde tejer en paz su tela ó hacer su miel? Creo que cuando se habla de un artista ó de un poeta, sobre todo de un poeta que no representa toda una época, es preferible no empezar complicando su historia con un aparato filosófico excesivo, limitándose al principio á su carácter privado, á sus lazos domésticos, á seguir de cerca al individuo en su destino interior, sin perjuicio de exponerle sobre la escena pública cuando ya

se conoce bien confrontándole entónces con su siglo. Esto es lo que haremos con Boileau.

*Hijo de un escribano, meto de abogados*, como dice él mismo en su epístola décima, Boileau pasó su infancia y su primera juventud en la calle de Harlay (ó en la de Jerusalen) donde nació en 1636, teniendo desde entónces á la vista el espectáculo de la vida y la sociedad burguesas. En temprana edad quedó huérfano de madre. Como el padre estaba muy ocupado y era numerosa la familia, el jóven Nicolas que tenía su cuarto en un desvan ó granero vivió desde la niñez entregado á sí mismo. Lo que perdía su salud, ganábalo su talento observador; lo reparaba todo, si era enfermizo y taciturno; y como no tenía un genio soñador ni estaba rodeado de mimos y ternura, se acostumbró desde niño á ver las cosas con sentido, con severidad. Se le puso en un colegio donde enfermó de mal de piedra, y aunque operado al parecer con éxito, conservó toda su vida reminiscencias del mal. En el colegio leía, además de los autores clásicos, muchos poemas modernos; su afición á los versos era ya reconocida por sus profesores. Al acabar el curso de filosofía se puso á estudiar derecho. Cuando murió su padre continuó viviendo con su hermano Jerónimo que heredó la notaría. Acabó la carrera de abogado, pero se cansó de embrollos y empezó, aunque sin gusto, á estudiar la teología. No obtuvo más que un beneficio de 800 libras que trasmitió, depues de disfrutarlo algunos años, á la señorita María Poncher de Bretonville, á quien él había amado, que se hizo religiosa. Aparte sus relaciones con María, que han sido puestas en duda, no parece que la juventud de Despréaux fuera muy apasionada; él mismo conviene en que no era nada *voluptuoso*. Este corto número de hechos conocidos en los primeros veinticuatro años de la vida del poeta, nos conduce á 1660, época en que se dio á conocer en el mundo de las letras con sus primeras sátiras.

Dadas las circunstancias exteriores, conocido el estado político y social, fácilmente se concibe la influencia que debieron ejercer sobre una naturaleza como la de Boileau, su primera educación y su soledad doméstica. Nada tierno, nada dulce, nada maternal en torno de una infancia triste y estéril; nada para ella de inspirador ni de simpático en las áridas conversaciones de oficina y pleitos. En época de análisis, un alma de niño soñador hubiera sacado partido de los manejos de la

antigua curia ; mas no era aquella la época indicada ni el alma de Boileau hubiera servido para el caso en ningun tiempo. Por otra parte lo grotesco no era del gusto de Boileau ; ya Villon y Regnier habian sacado una abundante poesía de las costumbres de las clases médias ; pero Boileau tenía para sus burlas un freno y en sus sonrisas una sobriedad, que le impedían lanzarse en las crápulas de ingenio de sus predecesores. Debemos agregar que las costumbres se habian modificado desde que la regularidad de Enrique IV se impuso ; Luis XIV á su vez iba á imponer el *decorum*.

En cuanto al efecto eminentemente poético y religioso de los monumentos sobre una vida empezada entre Nuestra Señora de París y la Capilla Santa ¿ cómo pensar en tal cosa en aquel tiempo ? El sentido de la edad média estaba completamente perdido ; sólo el alma de Milton podia descubrir alguna cosa y Boileau no veía en una catedral más que robustos canónigos y un fascistol.

¿Cuál fué por consiguiente el primer ensayo, la primera nota poética de una inspiracion de veinticuatro años tanto tiempo comprimida ? No fué una piadosa melancolía que vierte lágrimas en los claustros góticos y se extasia bajo las arcadas solitarias, ni un canto á lo Regnier sobre las orgías nocturnas, las alamedas oscuras y las escaleras de caracol de la Cité, ni ménos aún el recuerdo de la familia y el canto del hogar ; fué una sátira á lo Juneval de las calles de París, y otra no ménos aguda de los malos rimadores que tenían en la corte y en la villa reputación usurpada.

Acabamos de decir que el sentido de la edad média se habia perdido hacía tiempo ; en Francia no habia podido sobrevivir al siglo XVI ; fué ahogado por la invasion greco-romana del Renacimiento. Pero ántes que llegase á término la prolongada decadencia de la edad média, lo que no sucedió hasta fines del siglo XVIII, y miéntras se esperaba el principio de una era verdaderamente moderna para la sociedad y para el arte, creábase Francia, apénas libre de las agitaciones de la Liga y de la Fronda, una literatura y una poesía, artificiosas indudablemente, pero con cierta originalidad en su imitacion y constituyendo un bello adorno de aquella sociedad que declinaba. Poniendo aparte el drama, se puede considerar á Malherbe y á Boileau como autores oficiales del movimiento poético que se produjo en las alturas y en la superficie de

la sociedad francesa. Distingúense los dos por una gran dosis de espíritu crítico y por una oposicion sin piedad contra sus predecesores inmediatos. Malherbe es inexorable para con Ronsard, Desportes y sus discípulos, como Boileau con Menage, Colletet, Chapelain, Benserade y Scudéry. Este rigor, sobre todo el de Boileau, puede tomar el nombre de equidad ; pero Malherbe y Boileau, aún teniendo razon, no la tienen jamas sino á la manera un poco vulgar del buen sentido, esto es, sin principios, sin alcance, con miras incompletas é insuficientes. Son médicos empíricos ; atacan los vicios reales pero externos, los síntomas de una poesía ya corrompida en el fondo y, para regenerarla, no buscan el corazon del mal. Porque Ronsard y Desportes, Scudéry y Chapelain les parecen detestables, deducen que no hay verdadera poesía y verdadero gusto sino entre los antiguos. Descuidan, suprimen, desconocen los grandes renovadores de la edad média, juzgando á ciegas por algunos puntos de Petrarca ó por conceptos de Tasso. Y cuando en sus ideas de reforma deciden volver á la antigüedad griega y romana, fieles siempre á la incompleta lógica del buen sentido que no se atreve á llevar las cosas hasta el fin, optan por los romanos con preferencia á los griegos ; el siglo de Augusto se les presenta á primera vista como tipo absoluto de lo bello. Tales incertidumbres y tales consecuencias eran inevitables en un siglo episódico, en la época de lo accidental. que no analizaba profundamente ni en el pasado ni en el porvenir. Entónces las artes, en lugar de vivir y cohabitar en el seno de la misma esfera, se mantenían aisladas cada una en su extremo y todas en la superficie. Perrault, Mansart, Lulli, Le Brun, Boileau, Vauban, aunque tuviesen entre sí en la manera y el procedimiento semejanzas generales y rasgos comunes, ni se entendían ni simpatizaban, presos como estaban en lo técnico y en el oficio. En las épocas verdaderamente *palingenésicas* sucede lo contrario : Fídias se inspira en Homero y suple á Sófocles con el cincel ; Orcagna comenta con el lápiz á Dante ó á Petrarca ; Chateaubriand comprende á Napoleon.

Pero volvamos á Boileau. Sería injusto aplicarle á él solo observaciones que caén sobre todo su siglo, si bien le comprenden en gran parte en su calidad de poeta crítico y legislador literario.

Esta es efectivamente la posición de Boileau á partir de sus primeros ensayos. Desde 1664, es decir, á la edad de venticinco años, le vemos